

Salir y entrar

Arcadi Espada

I

Desde hace muchos años tengo un volumen del *Journal Littéraire* de Paul Léautaud encima de un viejo escabel, al lado de la cama, donde se acumulan el fondo de armario de mi vida literaria y las novedades que van desfilando. Lo leo con frecuencia. Hay una razón técnica, importante para mí, aunque secundaria para la generalidad de los lectores. Sus reflexiones metaliterarias y sus consejos de escritura me interesan y estoy de acuerdo con ellos. Creo que era Claude Lanzmann el que decía, a propósito de sus coloquios con Sartre y Simone de Beauvoir, que a partir de una cierta edad ya solo vale la pena discutir con los que estás de acuerdo. Pero lo importante respecto a la escritura de Léautaud es otro asunto.

Muchas noches, después de veinte páginas y a punto de entrar ya en el delicioso sueño que dan los grandes libros, me quedo fijo pensando dónde está el secreto de mi ya larga dependencia literaria de Léautaud. Lo que cuenta es de una heroicidad relativa. Gestiones, recados, comida, para él y los perros, encuentros con literatos, alguna conversación. De repente, en medio de la prosa de la vida, aparece una observación agudísima, una historia rara, un sentimiento turbador. El efecto es impresionante. Y buena parte de su eficacia está en el contexto.

Aunque les reconozco su eficacia circunstancial soy poco partidario de los instantes seleccionados, sean arias o pensamientos o cualquier otra forma de masterpiece. Escuchar un aria en el interior de una ópera es muy distinto de escucharla aisladamente. Uno no se ahorra el camino: lo pierde. En la prosa de Léautaud está, completo, el camino de un hombre. Como podía esperarse está lleno de trivialidades, de chismes y de fealdad. Pero, ah. ¡Ah, cuando ocurre! Uno reconoce la vida en ese tránsito monótono; y celebra, como en su propia vida, la aparición de un día soleado. Al lado de Léautaud la literatura entera parece una gélida sucesión de instantes escogidos. Léautaud fue más lejos que Valéry, con el que mantuvo ambivalentes relaciones personales y literarias. El poeta francés, en efecto, aseguraba que no se dedicaba a la novela porque se veía incapaz de escribir la frase inexorable: «La marquise sortit à cinq heures». Léautaud demostró que la vida es, justamente, salir y entrar. El resultado es un ejercicio de mimesis difícilmente comparable con nada.

Aparte de su diario general, Léautaud escribió dos grandes diarios particulares. Uno dedicado a Le Fléau y otro a Marie Dormoy. No conozco la razón de este aparte. ¡La razón de que creyera que el sexo era un instante escogido! Pero en cualquier caso, y más allá de la reducción temática, aplicó al instante sexual las mismas técnicas que a la vida entera. Lo que sobresale en esos dos diarios son largos períodos muertos, una considerable dosis de fealdad y egoísmo, maniobras fracasadas, engaños, desalientos, y de vez en cuando alguna luminosa erección, alguna caricia limpia y feliz. De más está decir que cualquier hombre se encuentra allí observado. ¿De más? No, no.

Aparentemente el mugriento y acre Léautaud, capaz de dormir en su propia cama con media docena de animales, dedicado día y noche a un obsesivo escrutinio de los hechos de su vida, solitario y cruel, y tantas veces comparable a un loco que se supiera loco, tendría poco que ver con nosotros. ¡Quia! El estupor profundo de sus diarios particulares se deriva, precisamente, del inexorable reconocimiento que se produce. Mon semblable, mon frère. Se trata de un reconocimiento casi zoológico; del mínimo común de la especie. Pero ahí están, indiscutibles, los grandes temas de un hombre frente a una mujer. El deseo, el miedo, la soledad. Y el olor. No hay duda de que Léautaud, en sus estrategias de cortejo y autodefensa, tiene grandes motivos para la vergüenza. Nuestra vergüenza. Su exhibición bronquial, pancreática, se corresponde con el singular pacto que firma con el lector: yo escribiré, semblable, sin releer jamás la nota anterior. Y es así como sobresalen, torvas y embarazosas, las costuras de los días. Las contradicciones, los engaños y el resto de estrategias de supervivencia. El espectáculo es asombroso.

II

En mi singular aprecio por Léautaud y por estos diarios en particular hay también una frustración. Mientras los leo siempre pienso en Josep Pla. Puede decirse que fue el primer español que leyó a Léautaud. Y desde luego el único escritor de su generación que dio cuenta de él en su obra. Pienso en Pla y en dos asuntos muy vinculados. Para empezar este fragmento de *El quadern gris*:

La primera pregunta que se plantea es esta: ¿es posible la expresión de la intimidad? Quiero decir la expresión clara, coherente, inteligible, de la intimidad. La intimidad pura, bien pensado, debe ser la espontaneidad pura, o sea, una secreción visceral e inconexa. Si uno dispusiera de un lenguaje y de un léxico eficaces para presentar esta secreción, no habría problemas.

La intimidad fue un grave problema planiano. El escritor era perfectamente consciente. Su temperamento lo hacía inútil para las novelas, uno de los lugares donde la intimidad puede exhibirse sin pagar demasiado peaje. Se sabía autor de un inmenso fresco memorialístico y sabía que el yo debía encontrar en él un lugar. No supo encontrarlo. Ni siquiera cuando el yo estaba incrustado en grandiosos acontecimientos colectivos, de los que su voluntad memorial debió dar cuenta. Pla no escribió una sola línea de interés sobre la guerra civil española y se negó a asistir, como enviado de la revista *Destino*, al juicio de Eichmann, es decir, al juicio del asesino de Aly Herscovitz, la novia judía de su juventud alemana, y de millones de personas más. Las razones son múltiples; pero también está el yo. El poeta Gabriel Ferrater lo dejó dicho en los años setenta de un modo veraz y lapidario: «Su reticencia respecto a la intimidad le impidió ser un gran escritor europeo».

Los diarios particulares de Léautaud se proyectan como una sombra insidiosa sobre este vacío planiano. Como una sombra realmente particular. Está probado que Pla leyó al escritor

francés, aunque en los anaqueles de su biblioteca solo se conservan algunos ejemplares del *Journal Littéraire*. Uno de sus amigos íntimos, en especial de la última época, el pintor Josep Martinell, da por hecho que Pla conocía muy bien a Léautaud. En la obra completa planiana hay rastros. Sobre todo de la identidad de opiniones entre uno y otro respecto al valor literario de la literatura ficcional. En *Notes disperses* Pla cita esta frase: «Comment un homme à cinquante ans, peut-il encore écrire des romans ? Comment peut-on, même encore, à cet âge, en lire ? Poésie et roman, c'est certainement la partie inférieure de la littérature». La cita viene precedida de esta escueta frase planiana: «Una opinión». Está claro que se trataba también de su opinión. En los años 60 y en sus famosas y poco conocidas *Notes per un diari*, Pla quiso, conscientemente o no, dar cauce léxico a la secreción. Nada de lo que escribió antes o después informa sobre su vida corriente, íntima, en los términos minuciosos en que lo hacen esas notas. Es tentador y razonable advertir en esa prosa prosaica la línea consuetudinaria del francés. Pero es que, además, en la época de esas *Notes* Pla inició un proyecto que no sé bien si era amoroso, erótico o puramente literario. A ese momento de su vida lo llamó con su habitual desapego enmascarador una forma de *retour d'âge* y consistió en la escritura a un viejo amor perdido de una serie de cartas sentimentales, eróticas, que al decir de sí mismo rebasaban con frecuencia el límite pornográfico. Aurora Perea, su destinataria, vivía entonces en un suburbio de Buenos Aires. Las cartas no se conocen, y es probable que no se conozcan nunca. Todo lo que sabemos de ellas son meras alusiones a su escritura y a su carácter por parte del propio autor que, por ejemplo, las califica varias veces de «verdes» o «muy libres». Hay un momento en los diarios planianos en que Léautaud deja de ser una sombra para encarnarse, casi obscenamente, en la escritura. Esta nota del 19 de diciembre: «Llegeixo Léautaud. S'aguanta. Molt bé. M'agrada d'escriure a A. El joc mental eròtic».

Así pues, leyendo los diarios particulares de Léautaud no puedo evitar la sensación de estar leyendo también a un Pla clandestino, oculto por los convencionalismos y por una cierta falta de coraje literario. En cualquier caso, lo sustancial, respecto a Pla y respecto a la totalidad de sus contemporáneos, es hasta qué punto Léautaud simboliza la intimidad exhibida, triunfante. Un propósito literario tanto más inquietante y profundo cuando se constata su nula relación con el malditismo. Algo así como la banalidad en carne viva.

Diari personal, 1933, por Paul Léautaud, Días Contados, 2011